

perantes en responder a las llamadas... ¿Quién no se ha lamentado de esto?

Se disculpan las faltas con que el personal es escaso y el trabajo mucho.

Pues pongan el personal que haga falta.

Así como así, nada tiene de barato el teléfono, y cuantas gestiones se hacen para lograr su abaratamiento, han logrado, hasta ahora, resultado negativo.

En cuanto a los teléfonos caseros, que se colocan para hablar de piso a piso, han sido para mí un desencanto, en el género de la novela de Eça de Queiroz...

Grande y vasta como es la residencia en que vareneo, el teléfono casero me resolvía un problema de comunicación.

Sólo que los aparatos son sensitivos para la humedad, Los dejáis en voz y los encontráis mudos. Y ¡lanzaos a buscar quien componga los aparatitos roncacos, mudos y enfermos de los bronquios!

Traer un obrero al campo no es grano de anís.

Ha pasado aquel tiempo en que un obrero no recelaba andar a pie una legua. Ahora hay que acarrearles en coche.

Y ni en coche vienen. Hoy, porque tienen otra labor; mañana porque se ha aumentado la familia; pasado mañana, porque hay en el pueblo toros o cañas, se retrasan mes y medio, hasta que un día, inopinadamente, se presentan, con las manos libres y el semblante interrogador.

¿De qué se trata? Ya se han olvidado. Saben que algo queráis, pero no saben qué.

Por lo pronto, no harán más que examinar la obra, y otro día volverán, con el material y los chismes necesarios...

Pero, ¡ah! Es el caso que vuestro teléfono ya no sirve: hay que renovarlo del todo, substituirlo con otro mejor, porque, además de la caducidad, siempre fué detestable...

Os engañaron, ¡bah! En vano recordáis que lo habéis utilizado sólo seis meses, que os costó cien pesetas.

A reemplazarlo, con uno que cueste doscientas...

\* \*

Lo propio sucede con los timbres eléctricos.

Al regresar, ni uno solo encontráis funcionando. Obrero al margen, Y no se presenta, echáis diez memoriales a otros tantos *artistas*, y como si llamaseis a Cachano con dos tejas...

Entonces empezáis a pensar en algo bárbaro y primitivo, que substituya a estos adelantos imposibles de plantear con buen éxito.

Os acordáis de los buques, de los cuarteles, de las torres feudales, de los enormes ámbitos, de las distancias a que no llega la voz, y compráis una bocina, cuyos toques se escuchan en dos leguas a la redonda.

Ello no es muy culto, y hasta hace ladrar desesperadamente a los perros; pero en cambio tiene de elemental lo que el timbre de arduo y espinoso; y optáis por la bocina, que jamás está muda, ni se le rompe ningún hilo.

No es solamente lo arduo, sino cierta humillación que sufrís, cuando llegáis a convenceros de que, para estar a la altura de vuestra época, os es indispensable aprenderos química, física, mecánica y otras ciencias. Si no, viviréis rodeado de misteriosos peligros, y privado de cuanto reclama la comodidad.

El agua que antes brotaba débil del grifo, de súbito se retira y os obliga a llamar precipitadamente al fontanero; el gas se fuga sin que sepáis por dónde; la electricidad os amaga con sus amenazadores contactos y sus circuitos siempre dispuestos a daros la sorpresa del incendio fulminante; tantos y tantos accidentes que surgen cuando menos se piensa, y cuyas causas no supierais definir...

¿Verdad que se suspira por la edad de oro, aquella en que con rojos pimientos, ajos crudos, una cabaña y un candil, todos tenían que contentarse, porque no conocían nada mejor, y cuando se ignoran los refinamientos, carecer de ellos no es privación?

Mil y mil veces lo he pensado: hoy la vida humana se ha enriquecido, ampliado, intensificado en el bienestar; pero también se ha enmarañado de tal suerte, que no osaría yo creer que somos más dichosos que antaño.

Desde luego, el bienestar esclaviza.

Se vive pendiente de la apariencia, de lo bonito, de lo elegante, y lo mismo en la mesa, que en la ropa, que en cada pormenor y menudencias, hay que atenerse a reglas y leyes que nos sujetan doble porque las hemos dictado nosotros mismos, y las acatamos instintivamente, como si las hubiese promulgado alguna divinidad.

Llegamos al extremo de ser desgraciados si las baratijas de nuestro tocador no están en fila, alineadas correctamente, reluciendo mucho el acero y más aún la plata...

Y no son tales preocupaciones signo de una gran fortuna, de una alta posición: esta fiebre del confort y la distinción y la corrección y la perfección la padecen ya personas modestas, cuyo estado económico debiera eximirlos de tales tiranías.

Como dijo algún sabio eminente, ya no hay clases. Pero el bolsillo es terriblemente jerárquico, y desear mil monerías sin dinero, es una fuente de pena...

Y si no se quiere que sea pena será al menos preocupación, contrariedad, que, a la larga, se traduce en depresión del ánimo.

Nuestra grandeza, en lo pasado, se apoyó en nuestro estoicismo, en el desdén de las apariencias y de los goces.

Hemos perdido, con otras varias, esa preciosa cualidad, y nos sirve de tortura el que un extranjero nos dé fáciles lecciones de cómo se vive, si se ha de vivir bien.

A semejanza del héroe de Eça de Queiroz, buscamos fuera de nuestra patria el modelo de la vida.

\* \*

Por mi parte, todo aquello que es adelanto me gusta naturalmente, y soy a ello inclinada; pero veo los adelantos en su aspecto de cultura íntima, no en el de exageración de un confort que no hace feliz, porque causa una ansiedad continua y una tensión violenta.

Así, en España, el confort importe que sea un confort españolísimo.

Lo que el país produce sin esfuerzo, eso debemos comer, eso debe adornar nuestras casas, eso aplicar se a los infinitos usos de la vida doméstica.

Nada iremos perdiendo, porque casi siempre en España las primeras materias son superiores y se adaptan a cuanto podamos necesitar.

Va producimos Champagne excelente. Nuestro mobiliario típico es el más bello del mundo.

Nuestros guisos son muy sabrosos. Nuestras razas de aves, nuestras frutas, gran parte de nuestras hortalizas, ponen la ceniza en la frente a no pocas del extranjero.

En todo aquello que podamos, vivamos sobre nosotros mismos, sin que por eso rechacemos nada de lo bueno de fuera; pero huyendo de jerigonzas y tiquis miquis enredosos.

Hoy existen máquinas para todo; bien pocas sirven de nada.

La mejor máquina es la mano del hombre. Debemos conciliar la ciudad y las sierras, y simplificar.

Y no nos descorazonemos, aunque veamos que — como acaba de suceder — un pueblo español se amotina al grito de «¡No queremos escuela!» y apedrea al maestro, y le administra una paliza soberana...

Al parecer, ese pobre maestro había pagado, de los *dieciocho duros* anuales de su menguado sueldo, los libros y cartones que la escuela exige, ¡y su recompensa fué un semilinchamiento!

Al lado de este hecho propio de una tribu salvaje, pongamos otro más atroz, el degüello de un niño para que un tísico se cure bebiendo su sangre caliente!

Esto, que ya ocurrió hace años, y en Gádor, leo ahora que ha vuelto a pasar en otro pueblecillo... Tragedia propia de las cuevas donde el hombre primitivo quizás se alimentaba con la nefanda comida de Atreo...

Pues a pesar de tales cosas, no hay, lo repito, que descorazonarse.

Me lo digo a mí propia, que frecuentemente siento impulsos de entregarme al pesimismo. Después, reacciono; mi carácter activo y animoso recobra su tensión...

No es, por otro lado, el momento presente aquel en que España debe sentirse más reñida con el destino.

La guerra no devasta sus campos ni ensangrienta su territorio.

Lo único que tiene un matiz siniestro, es el temor a la epidemia.

El cólera, en Austria, asoma su amarilla faz, y ya en los puertos parece que se han adoptado precauciones.

Esto es lo peor, lo más alarmante...

Esperemos que el llamado en otros tiempos «huésped del Ganges» se alejará, vencido por las medidas higiénicas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mil veces se tiene ocasión de recordar, por los incidentes de la vida moderna, cierta graciosa y profunda novela de Eça de Queiroz, titulada *A cidade e as serras*. Es una nueva paráfrasis del conocidísimo tema que resumen dos comedias de Bretón de los Herreros, si no me engaño: *De Madrid me voy* y *A Madrid me vuelvo*. Sólo que, en la narración del autor de *El Promo Basilio*, el enamorado de la civilización que sale de su aldea para recrearse en el espectáculo y la frecuentación del mundo culto, de la Europa que refina, acaba por aburrirse y cansarse de refinamientos y fililíes, y gozar extraordinariamente con la tranquila y sencilla vida del campo portugués.

En efecto, tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón, tantas ingeniosidades y maquinillas hasta para facilitar el estornudo, lejos de facilitar complican hasta un grado indescriptible, y acarrear una serie de preocupaciones y molestias peores que el mal que remedian.

Y las invenciones, por contera, son muy caras; (acaso sea su defecto menor).

\* \*

Repasemos algunos de los inventos maravillosos, que ya a nadie maravillan, y veamos cómo influyen en nuestra existencia.

He aquí, por ejemplo, el teléfono.

Conste que hablo del teléfono en Madrid. Es posible que en Barcelona esté mejor organizado y atendido.

En Madrid hay que tenerlo colocado lo menos un semestre: los semestres hacia adelante son intangibles; es decir que un señor que llegue a la corte el 1.º de noviembre, tiene que pagar ocho meses, dos sueltos y seis fijos, y si se va, por ejemplo, el 1.º de mayo, resulta que le sobran dos que no le es posible aprovechar.

Cuando se hace observar esta anomalía, tan perjudicial para los abonados, alegan las Compañías detalles de su mecanismo interior, que al público poco ni mucho le importan.

Que tienen establecida la recaudación por semestres... Pues que la establezcan por meses.

Lo mismo que pueden cobrar sueltos los meses que faltan para empezar un trimestre, ¿por qué no han de cobrar un semestre, ya que semestre ha de ser, que empiece el mismo día que empieza el abono?

Ahora bien: el teléfono se inutiliza con frecuencia; quedáis privados de él por tormentas, descomposiciones, averías múltiples.

Este riesgo debiera correrlo la Compañía. Quien lo corre es el abonado.

Nada se le descuenta por lo que pierde. No se le conceden días de gracia, o mejor dicho, de compensación...

Y en cuanto al servicio propiamente dicho...

No quiero repetir, por milésima vez, lo que tantas se ha dicho en la prensa y se oye a cada momento en las conversaciones particulares.

Confusiones de nombres y números; afirmaciones de no conocer a personas conocidísimas, abonadas al teléfono desde que se estableció; lentitudes deses-